

vó de México en libros y otras alhajas. Cuando murió fué preciso que D. Agustín de la Palma y Meza, y su consorte D.<sup>a</sup> María de Sariñana, sobrina de su Ilma. remitiesen lo que pareció conducente al preciso adorno de la cama en que estuvo espuesto el cadáver los días que se veneró insepulto, fuera de esto; no alcanzó el residuo que aun conservaba de sus bienes inventareados, á satisfacer sus deudas, siendo constante habérselas originado por la misericordia que ejerció con los pobres.

Era consigo tan estremadamente medido, que comía y vestía como pudiera hacerlo cualquier otro pobre. No se le ministraba en su mesa sino un solo potaje y el puchero de la olla; vestía un jubon de gamusa; cuya materia por su duracion, le escusaba largo tiempo de vestir otro: los calzones de paño negro, los conservaba cuanto podian mantenerse reforzados con remiendos. En los ocho años que vivió en su compañía D. Ignacio su sobrino, aseguró que su Ilma. se habia mantenido con el vestuario que llevó de México, mandándolo remendar, sin mandar hacer otro nuevo. Por lo que mira á su familia, fué muy corta: el dicho D. Ignacio testificó, que en todo el referido tiempo que le asistió, no acomodó en ella á ninguno, porque contento con la in-

dispensable se abstuvo de lo que pudiera servir solo á la ostentacion. Tuvo gran cuidado en que no se hiciese el menor gasto superfluo: así lo exhortaba continuamente á sus familiares ya en su palacio, ya saliendo á las visitas, no consintiendo que el exceso de los gastos fuese con detrimento de los pobres, para con quienes estendia liberalmente la mano, retirándola siempre de sus deudos, no queriendo defraudar en nada á los pobres por atender á sus parientes. El citado sobrino, depuso que no solo no habia tenido pero ni esperado algun socorro especial de mano de su Ilma. por lo cual se volvió á México.

Hallábase en la ciudad de Oajaca el padre de este, hermano del Sr. Obispo llamado D. Benito Angel, casado con D.<sup>a</sup> María Millan de Figueroa, y con cinco hijos con que Dios habia bendecido su matrimonio, circunstancias dignas de considerarse para ponderar que habiendo Dios querido probar la paciencia de D. Benito, como la de Tobias, dispuso su providencia privarle totalmente de la vista, trabajo sobradamente crecido para un hombre honrado, asistido de tantas obligaciones y con pocas conveniencias para cumplirlas é inhábil en gran parte ya para conservar aun esas pocas. Cuando pudiera proa-

meterse en su hermano y aun asegurarse alivio, lo que oyó de sus labios fué, que solamente podia darle lo que un pobre decente permitia; pero no lo que necesitaba el hermano de un Obispo, residiendo donde él. Por tanto, tuvo que trasladarse á México con su familia, permitiéndoselo así este discretísimo prelado fiel, ecónomo de los bienes de su iglesia, antes que defraudarla en parte, por atender á su sangre.

Enseñó no solamente á su grey lo que tenia entendido de las divinas escrituras mediante la predicacion que continuamente practicaba, sino resplandecia en su ejercicio, la copia de luces que bebia de tan purísima fuente, y aunque puede advertirse por lo que sobre este particular queda dicho, pero para que mejor se advierta, diré la grande facilidad con que encomendaba sus sermones del entendimiento al papel y de este á la memoria. A uno de dos amanuenses que tenia, se los dictaba tan corrientemente que no consumia en ello más tiempo que el preciso para escribirlos: la víspera de predicarlos hacia se los leyesen por primera y segunda vez, y no más, bastando esta diligencia para subir al púlpito y los referia sin desmentir en una voz de lo

escrito: cosa que justamente se admiraba como argumento de una memoria singularísima.

No lo es menor del extremo cultivo de su ingenio con el estudio de las sagradas letras. Le aconteció una vez en la iglesia de Nuestra Señora de la Soledad, en Oajaca, asistir su Ilma. á una fiesta, en que obligando su presencia á que comenzase la misa sin haber aún llegado el predicador, á quien se habia encomendado el sermón, se cantó el evangelio, y llegó á los oídos de su Ilma la noticia de que faltaba el orador. *No les dé cuidado, dijo, no faltará el sermón* y así fué, porque dejando su asiento subió al púlpito é introduciéndose con una autoridad de San Agustin, en que el santo doctor dice, debe predicar el Obispo cuando el predicador falta, arreglado á este dictámen y á los de la más florida cuanto cristiana elocuencia, de que siempre abundaba su entendimiento, predicó con tanta energía como si se hubiese preparado mucho antes, dejando á sus oyentes llenos, no solo de admiracion sino de regocijo, habiendo logrado oír predicar de repente á su prelado; si es que le asaltó repentinamente el empeño á quien la aplicacion continua lo hacia hallarse siempre prevenido. El estudio de las sagradas letras era continuo apenas faltaban de sus manos y nunca de su cora:

zon, por el estremado afecto y veneracion con que siempre las atendió. Muchas veces se le oyó decir, que no habia reliquia como la Sagrada Biblia y que habia de morir abrazado con ella, no privándolo Dios de habla ántes de morir. Concedióselo el Señor, como despues diré, en premio de su grande afecto.

Revolvía, fuera de las sagradas paginas, las de sus mejores expositores, que eran los Santos Padres, entre quienes fué á San Agustín, á quien consultaba más frecuentemente: era de admirar las muchas luces que en su entendimiento brillaban; pues acontecia mucha veces, que habiendo dado despacho á sus negocios con la resolucion de varios casos, en que le empeñaba su pastoral obligacion, decia despues á sus familiares, buscasen en las obras del Santo, si se hallaba en su doctrina, lo que él habia respondido ó practicado: y siempre se halló expreso, ó conforme á lo que el Santo Doctor enseñaba. Por lo dicho sobre su copiosa erudcion, y literatura no hay para que ponderarla nuevamente, cuando debe suponerse su aumento, no habiendose olvidado de los libros: cuantas personas doctas le trataban salian admiradas de su conversacion, reconociendo en su clarísimo entendimiento un archivo de noticias tan fecundo, que en cualquiera materia lo

juzgaban consumado, hallándose en todas ciencias instruccion y enseñanza sus mismos profesores. En punto de ritos y ceremonias lo fué tanto, como el mejor maestro de ellas. En los negocios graves no obstante, que pendia la decision de lo que tiene asentado el derecho, consultaba su prudente humildad á sujetos sabios en él á su satisfaccion y confianza, con que se dice cuan letrados eran: y siendo tales, servíales de grande pena tener que expresar sus pareceres á su Ilma. Tanto asi era el aprecio que se habia conciliado para con todos!

Tuvo este prelado continua vigilancia en apartar á su familia de toda codicia é interes temporal. Teníala en todo tan regulada, que parecia su palacio una casa de recoleccion en la observancia de las prudentes y piadosas distribuciones á que la tenia ceñida: comian y cenaban juntos con su Ilma. como en un refectorio, dando alimento al cuerpo y al alma con la lectura de algun libro espiritual y devoto: teníanles asignadas sus horas para asistir á la Misa; para la oracion así mental como vocal, en que entraba la devocion á la Purísima Reina de los Angeles en la recitacion de su rosario; para dedicarse al estudio de las letras, velando cuidadoso para que en virtud y letras saliesen to-

dos aprovechados: queria tenerlos siempre consigo de puertas adentro de su palacio, no saliendo de él sia justo motivo, y asi se veian en las calles pocas veces.

Atendiendo el Sr. Sariñana á quanto he mencionado, atendia juntamente á sí, solicitando con la salud de las otras la de su alma, temiendo con el Apóstol no fuese reprobado cuando exhortaba y predicaba á los demás. Por tanto procuro tenerla adornada con el rico y precioso ornamento de las virtudes. Dieron testimonio de su viva fé aquel amor que siempre conservó en su pecho á las divinas Escrituras, como he dicho, deseando morir abrazado con ellas, como quien queria mantener hasta el último aliento de su vida la firmísima adhesion á sus divinas verdades: aquel anhelo por extirpar del todo la idolatria entre los indios, con los demás que la acompañaban de supersticiosos abusos en los indebidos cultos á Dios, y en los no debidos al demonio, que sabia se tributaban, no sin grave sentimiento de su corazon: aquella solicitud por la promocion en todo del culto divino, para que fuese adorada y reverenciada la soberana Magestad de Nuestro Dios y Señor y fué tambien no pequeño argumento de su fé y católica religion, el que se percibe por el siguiente suceso.

En cierto lugar de su Diócesis descubrió que unos hereges, hicieron tales ultrajes á una imagen de MARIA Santísima, que no contentos con haber afilado sus lenguas para herirla con sus blastémias y oprobios; la hirieron en diversas partes con un cuchillo: más el que atravesó el corazon de este santo prelado cuando lo supo, no sabré mejor explicarlo, sino con la expresion de sus católicas y piadosas demostraciones. Mandó le trajesen la imagen ultrajada de la Señora, cuya advocacion ignoro, aunque podemos nombrarla con el título de los Dolores no por los que padeció esta Purísima Reina en la passion de su Hijo, sino por los ultrajes é injurias de los hombres, que ni en su Pasion quiso su Hijo Santísimo que sintiese. Despues de haber hecho su Ilustrísima que un piator rezanase aquellas heridas ó cuchilladas, la colocó en su iglesia Catedral por nueve dias, en desagravio de los que ahora ejecutaron en su sagrada efigie, en ellas se celebraron á la Señora misas solemnemente cantadas, dando principio su Venerable Cabildo, y sucediéndose por su orden las religiones sagradas acompañándola á sentir los agravios, que por los enemigos de la fé habia sufrido la Maestra Soberana de ella: habiéndolo concluido el novenario, dejó colocada

la efigie en una de las iglesias de Oajaca, en donde no le faltase decente culto y veneracion.

No se le notó accion alguna que pudiese decir su firme Esperanza, aunque procuró acompañarla de un santo temor, por el conocimiento que tenia de su propia miseria y poca satisfaccion en lo que obraba, conociéndose digno más bien de castigo que de premio, y para que en el purgatorio no se le retardase la posesion del último fin de su esperanza, habia convenido con los Ilmos. Sres. Arzobispo de México, y Obispos de Puebla y de Guadalajara, en ayudarse recíprocamente á salir santamente de esta vida con cierto número de misas, que unos por otros celebraban ó mandaban celebrar todos los meses del año: y otras mil (fuera de estas) que por el difunto habian de aplicar los que en esta vida quedasen, para aliviarle de las penas que padeciese, ayudándole á tomar breve la posesion de la vida eterna. Estos cuatro prelados atentos al cumplimiento de sus obligaciones, se visitaban frecuentemente por cartas, consolándose con ellas, y consultándose en sus dudas, para el mejor acierto en su gobierno.

La delicadeza de su conciencia y los temores con que siempre vivió este prelado vigilantísimo,

temiendo muchas veces en donde no habia que temer, declaran el amor que tuvo á Dios, á quien no queria desagradar en cosa alguna: en los últimos años de su vida, vióse más atormentado y con mayores escrúpulos que nunca, estimulándole á repetir con más viveza las diligencias para mejor asegurarse en su conciencia. Era grande el cuidado, y esmero que ponía en la pureza de su alma: retirábase muchas veces al convento de los franciscanos, en donde por algunos dias, trataba con Dios de los negocios de su alma, procurando renovarse en el espíritu, empleándose en ejercicios santos de oracion, leccion espiritual, exámen, disciplina y semejantes, para salir con nuevo aliento y fervor en el servicio de Dios y ministerios de su oficio pastoral.

Habiendo dicho como procuró apartar á sus ovejas de los pastos nocivos y apacentarlas con los saludables, procurando la extirpacion de los vicios, la promocion de la virtud, que reinase en todos la paz, como reinaba en su corazon para con todos, se conoce claramente quanto fué el amor y caridad para con sus prójimos. Amábalos como padre y con entrañas de verdadera piedad, no corregia los excesos movido alguna vez de ira ó pasion contra el culpado, sino del deseo de su enmienda y de que todos aborreciesen la

maldad y tuviesen amor á la virtud, en cuyo camino deseaba verlos á todos generalmente sin excepcion de personas.

La humildad especialmente resplandecia en toda su vida: jamás lo engrió su literatura, aunque era sublime, en esto dió á conocer que era grande, por no haberse engruido en ella: ménos le ensoberbecieron las estimaciones con que universalmente le atendieron todos, la elevacion en que le colocaron sus méritos, ántes miéntras más exaltado se vió fué más humilde, juzgándolos á todos por mejores, aun á los que por razon de su oficio corregia por culpables; por eso jamás se le notó accion ó palabra en que se le trasluciese alguna ostentacion ó soberanía, ó que diese á mostrar algun imperio, como se puede ver aun en los siguientes sucesos. Se colocó una pila baptismal muy hermosa á tiempo que podia estrenarla confiriendo, como estaba dispuesto, el bautismo á un hijo de su sobrina D.<sup>a</sup> María; la mañana del dia en que habia de bautizarlo su Ilma. se ofreció que otro sacerdote hubiese de echar el agua á un negrito; pero queríase diferir para otro dia, para que su Ilma. hiciese el estreno de la pila, no lo consintió su humildad, mandando se bautizase por la mañana al negrito, y despues por la tarde, hizo el bautismo el Sr. Obispo, age-

no de toda ostentacion, vanidad y grandeza; llamóse Manuel este niño, y murió de unos treinta años de edad, sacerdote ya y de la Compañía de Jesus.

En la iglesia de la misma Compañía de Oajaca asistió el Sr. Obispo á una fiesta, y ofreciéndose otra á poco tiempo en la de otra religion, fué convidado para que la autorizase tambien con su asistencia; pero hallándose entonces enfermo, con esto se escusó cortesmente; más atribuyéndolo acaso al mayor afecto que juzgaban tenia el prelado á la Compañía, el rector de la iglesia manifestó su sentimiento así: *Para asistir á la fiesta de la Compañía no está el Sr. Obispo enfermo. En lo de adelante no le convidaré para fiesta alguna de mi religion.* Llegó á oidos de su Ilma. y estuvo tan ageno de sentimiento, que ofreciéndose ocasion de volver á concurrir con el dicho rector le dijo con afabilidad: *Aunque V. P. no me convide, yo enviaré el sitial y asistiré á la fiesta.* Argumento verdaderamente de una grande humildad y no menor mortificacion, acompañada de una admirable prudencia, que no pudo ésta dejar de serlo, para haberse mantenido como se mantuvo en tanta paz ya con su V. Cabildo, como con todas las religiones y con todos.

La obediencia que tuvo á su confesor fué á medida de su humildad, sin dificultad alguna sabia rendir su juicio y deponer á la obediencia sus dictámenes, medio con que entre tanto peso como el que descargaba sobre sus hombros, pudo soportar tambien el que agregaba con sus temores lo escrupuloso de su conciencia. Quanto lo fué en la puntual ejecucion de los apostólicos rescriptos, deseando no faltar en un punto á la mente del Santo Padre, se puede inferir por lo que con los jesuitas le acontecia en la práctica de un privilegio, que de Su Santidad obtenian para ciertas dispensas, que con el parecer de cuatro de dichos padres podian hacer los señores Obispos: no satisfecho con el dictámen de estos de que podia, los reconvenia diciendo: *Y si la mente del Papa cuando concedió este privilegio á la Compañía fué no solo que dispensara el Obispo con el parecer de cuatro jesuitas sino tambien que estos dispensasen juntamente con el Obispo: ¿dispensan VV. RR. juntamente conmigo?* y hasta haberle respondido que si, no dispensaba: por este caso, puede inferirse cómo se portaria en los demas, como tambien por lo que he referido de sus acciones, conocerse cómo practicaria las demas virtudes: no teniendo cosa particular que añadir, solo diré que así en ellas co-

mo en los demas empleos de su oficio pastoral no se le advirtió desmayo alguno hasta su muerte.

No tengo individuales noticias de la última enfermedad que puso fin á su santa vida, pero, como ya advertí, fué comun sentir haberse melancolizado su Ilma. por haber descubierto tanta idolatría en los indios y no el medio de poder extirguirla del todo, no obstante los muchos que practicó sujeridos de su celo pastoral; este dolor que tocó en lo más vivo de su alma, vino á redundar en el cuerpo, accidentándolo, aunque lentamente, de modo que hubo de ocasionarle la muerte que podemos juzgar preciosa, habiéndole precedido nna tal vida.

Para prepararse á esta, entre las cristianas prevenciones que se le advirtieron, fué hacer que algunos dias ántes varios de sus familiares le leyesen vidas de santos, especialmente la del glorioso San Agustin. El P. Pedro Paz, jesuita, escribió sobre este particular que *"aquel'os dias ántes de morir que fueron ocho continuos los que le asistí, ví que segun las jaculatorias que hacia su Ilma. y con el fervor que las hacia, se abrazaba en amor de Dios. y de cuando en cuando prorrum- pia en estas palabras: V. di mia, Dios. Oláusulas dignas de atencion por ser de un testigo ocular que logró la felicidad de asistirle. Visitábanle*

muchas veces sus prebendados, saliendo cada vez todos enternecidos por la pérdida de un padre y pastor tan vigilante y celoso, que ni en aquellos últimos momentos se olvidó de su grey; hallándose deshauciado de los médicos y habiendo recibido con ternura y devoción los santos sacramentos y cumplido las demás diligencias de cristiano, juntó á su cabildo para anunciarles los futuros sucesos, para prevenirlos con instrucciones piadosas de que se aprovecharan en lo futuro; hízoles una fervorosa plática, en que principalmente les exhortó á la paz y union que debian conservar entre sí: *Por amor de Dios, les dijo entre otras cosas, señores; les suplico que en la sede vacante de Sariñana, no haya entre vdes. alguna discordia ó disencion.*

No es fácil expresar entre la ternura y sentimiento con que lo escucharen todos, el afecto y devoción con que cada uno recibió sus palabras, atendió á sus dictámenes, estampándolos en el corazón para practicarlos despues, pues arreglados á ellos gobernaron con tanto acierto, como testificó la voz pública dentro y fuera de Ojaca, pues el Ilmo. Sr. Obispo de la Puebla, Fernandez de Santa Cruz apellidaba á ésta *La Santa Sede vacante del Sr. Sariñana*, y comunmente la nombraban así todos, digno por cierto

de tal elogio por la discrecion en su gobierno y por la humildad de su discrecion, en no haber contravenido á los consejos y dictámenes de su prelado, que se grangeó tal aprecio, y quien aun despues de muerto, permaneció viviendo en los corazones de su V. Cabildo, y su voz continuó gobernando despues de muerte.

Pero volvamos al que ántes que le faltase la voz, se la dió la divina providencia para que cumplierse el antiguo deseo que dije. Pidió la Sagrada Biblia, hizo que se la abriesen, y fuesen accidente ó especial ordinacion divina, con lo que se encontraron fué con el Evangelio que escribió San Juan. Feliz encuentro para otro discípulo del Señor, que parece quiso su Magestad declarar cuán amado habia sido tambien: tomó la sagrada Biblia, arrimósele al pecho, como quien habia guardado sus verdades fidelisimamente en su corazón, prorrumpió en un acto heroico de fé pidiendo á Dios le enviase al infierno, que iria muy contento ántes que ponerse en peligro de consentir en algun pensamiento contra la fé, manifestando en esto la grande adhesion que siempre habia conservado á sus divinas verdades en que siempre habia vivido, y en que deseaba morir,



A cuantos entraban á visitarle recibia con entrañas llenas de piedad y de dulzura: tratábalos como á hermanos: y en protestacion de su profunda humildad pedia oraciones á todos, que le encomendase á Dios para el buen logro de una muerte preciosa ante sus ojos: y como sino hubiese trabajado tanto como trabajó en beneficio de su iglesia, y ejercitádose en tan excelentes obras de piedad y de virtud, solamente parecia tener fijas sus faltas, publicándolas con extraña confusion; aunque con no menor confianza en la divina misericordia y suma edificacion y ternura de cuantos le escuchaban. Asistieronle muchos de sus Prebendados, otros clérigos y religiosos, especialmente de la Compañia de Jesus, ministrándole en aquella hora y último conflicto, los socorros espirituales con que la Santa Iglesia procura favorecer á sus hijos: hasta que finalmente abrazado con la sagrada Biblia, [ó como otro testigo depone] con el pequeño volúmen de los Evangelios, de una que tenia distribuida en diversos, para que toda no le lastimase el pecho, exhaló el último aliento el Sábado 10 de Noviembre del año de 1696 cuando contaba de su edad sesenta y ocho años, 12 meses 16 dias; de consagrado y del gremio de la Venerable Union, 37 años, 3 meses 6 dias.

Queda á la piadosa consideracion de los lectores el sentimiento de los circunstantes á vista del difunto, el universal de todos los moradores de Oajaca, y aun de su Diocesis luego que se divulgó la noticia. Ciertamente fueron bien empleadas las lágrimas que se virtieron por un tal pastor, justísimo el dolor por un tal prelado, cuya vida fué de ejemplo y cuyo ejemplo reforma de tantas vidas. Lleno el cuerpo de aromas y fragancia, segun dispone el ceremonial, mantúvose insepulto cuatro dias: embalsamándolo se advirtió una casilla y un seso más en la cabeza, conociéndose entónces la causa de un tumor que conservó en aquel lugar miéntras vivió, atribuyéndose aquella particularidad á la singularísima capacidad de su Ilma. en quien tan pródiga quiso manifestarse la naturaleza. Los cuatro dias que se mantuvo sin sepultura, fue para conservar más vivo en todos el sentimiento, no desocupándose su palacio de la muchedumbre de sus hijos, á besarle unos las manos, otros los piés, ó cada uno lo que podia, llenos todos de sentimiento y dolor. Queriendo hacer pública demostracion, se valieron de la contingencia de haberse hecho notoria pocos dias antes, la orden de que todos se vistiesen de luto, por la muerte de la Reina Madre D<sup>a</sup> Mariana de Aus-